

brazos de la señora Paula y ya no se separará de su lado de vd. ¡Adios! ¡Adios! La amaba yo á vd. con toda mi vida, y muero tranquilo y contento, puesto que al morir le dejo la felicidad.

“Al estrechar contra su corazon á esa niña, acuérdesse vd. de mí.

*Roman.”*

Amparo dejó caer el papel, su rostro se contrajo, sus ojos giraron en sus órbitas, tendió rígidamente sus brazos hácia delante, y lanzando un gemido triste como el último suspiro de Weber, cayó privada de sentido sobre el pavimento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

## XII.

### SACRIFICIO DE MARTIR.

**H**an pasado tres meses desde las últimas escenas que hemos referido.

Es una triste tarde del mes de Febrero, en que el invierno al despedirse lanza su último suspiro helado.

Penetremos en el aposento de Amparo. Este, siempre triste, está hoy, sin embargo, cubierto por un nuevo velo de sombría amargura. Seis personas lo ocupan. En un rincón y sobre un pequeño lecho reposa la niña María, pintadas en su rostro las últimas señales de la agonía. Su organizacion enfermiza por los pesares que combatian á su desdichada madre al llevarla en su seno, se ha gastado ahora por una de esas afecciones inflamatorias en los órganos de la respiracion que tan á menudo complican las fiebres eruptivas de la infancia y en las que la muerte se produce por asfixia.

Hace un mes que se está apagando lentamente como una lámpara.

A su lado, con los brazos apoyados en el borde del lecho, con el rostro pálido y desencajado, con la mirada fija, está Amparo contemplando la fisonomía descompuesta de su hija. Sus ojos

no tienen ya una lágrima, su pecho un sollozo; hace dos meses que aquellas han secado sus ojos, y éstos han lastimado su pecho. Ha llegado á ese estado en que el sufrimiento, se convierte en una desesperacion silenciosa, muda, sombría. No se llora, no se suspira, no hay un gemido, se ha convertido uno en una especie de estátua insensible á fuerza de sufrir. Un nuevo dolor no sorprende, no aumenta la desesperacion, porque ya se le esperaba, porque se llega á dudar de la existencia de la felicidad, y ¡Dios mio! tambien hasta de vuestra Providencia. Esta resignada desesperacion, por decirlo así, es una nueva prueba, sin embargo, de la vida de la Providencia, es un beneficio ese embotamiento de los tiros del dolor sobre el alma. En prueba de esto, no puedo menos de repetir aquí lo que he dicho en "La Sensitiva." Hay en la vida una enfermedad incurable que se desarrolla en el corazon, cuando el dolor nos martiriza sin tregua, mal espantoso que presenta diversos períodos. En el primero lloramos mucho al ver burladas así nuestras esperanzas y dudando aún, se conserva una ilusion vaga en medio de esas lágrimas. Este es el sufrimiento.

En el segundo, cuando perdemos ese último destello de fé, se va concentrando en nuestro corazon toda la hiel que el mundo nos ha dado á probar, y le volvemos odio por odio, sarcasmo por sarcasmo; sin embargo, cuando los recuerdos de una felicidad pasada, ese martirio eterno, viene á cruzar por nuestra memoria, todavia encuentra un eco en nuestro corazon, todavia la sensibilidad adormecida se escita, todavia nos hace derramar llanto. Esta es la duda.

El tercero es la indiferencia profunda, los ojos se desecan por tanta lágrima, el corazon se convierte en cenizas, no se recuerda un pasado, ni se llora un presente, ni se ansía un porvenir. Entonces el marasmo mas horrible se apodera del cuerpo, la lepra del alma. Se recibe con la misma indiferencia una lisonja ó un insulto, no se ama ni se odia, no se llora ni se rie, los dias van pasando lentos y descolorados sin idealismo, sin fé, sin amor, sin desengaño, sin luz, el cuerpo adquiere el dominio del corazon, porque el sentimiento que á éste daba vida, está muerto. Las mujeres con sus amores, los hombres con su ambicion, los

niños con su dulce olvido, son otras tantas figuras desluchadas del sombrío cuadro de la vida. Entonces, caido ya el hermoso ropaje del horrible esqueleto de la vida, lo mismo da ser ó no ser, morir hoy que morir mañana. Entonces, el cuerpo por falta de accion, y el alma por falta de sensibilidad, se van apagando poco á poco como una lámpara por falta de alimento. Ese es el último período del sufrir, por consiguiente, es casi la felicidad terrestre.

Amparo, sin embargo, era demasiado sensible para llegar á este estado, por consiguiente, en ella la lucha siendo mas terrible, la hacia sufrir demasiado. ¡Pero qué hacer cuando se ve la mano del dolor suspendida sobre nuestra cabeza, cuando ni nuestras lágrimas, ni nuestras súplicas, ni nuestros gemidos, ni nuestras imprecaciones, pueden ablandar el enojo divino? Sufrir mucho hasta morir de pesar; pero resignarse á vivir con una vida que en vez de bendicion del cielo, se ha convertido en tormento del infierno. Amparo, ademas, merced á las impresiones de su infancia, tenia impregnada su alma de ese sentimiento religioso, bálsamo eficaz de las llagas horribles del alma y que mas incurables parecia, muro sólido contra los ataques de la adversidad, consuelo de la desesperacion mas intensa....

Cerca del lecho, con el rostro pálido como el de un cadáver, con la mirada fijamente clavada sobre Amparo, con los brazos cruzados sobre el pecho, estaba de pié Roman. Su herida habia sido grave, pero no mortal; la bala habia deslizado á lo largo de la costilla, entre su cara esterna y los músculos superficiales; pero sin herir gravemente la arteria intercostal. Los eficaces y pronto auxilios del cirujano y las buenas gentes que le dieron una hospitalidad tan dulce, habian bastado para ponerle al cabo de una semana, en estado de poder volverse á la capital.

Gabriel, desde el dia siguiente al del duelo, habia escrito una carta á la señora Paula, á fin de tranquilizarla lo mismo que á Amparo y Guadalupe por su ausencia.

Decir cómo fué recibido Roman por Amparo, es cosa imposible, porque no hubo palabras, sino silencio. ¡Qué podria decir Amparo, al jóven que noble y generoso amante, le volvía á sus brazos á la hija de su corazon, á costa de su vida, al jóven á

quien ella idolatraba en silencio y avergonzada, con toda su alma, con un amor profundo, intenso, sin límites, y que ahora, despues de haber hecho el sacrificio de su vida casi por ella, volvía modesto, tímido, respetuoso como siempre?... Recobrar á su hija y vivir al lado de aquel jóven adorado, viéndole, idolatrándole hasta la locura, este era el pensamiento que en secreto habia gastado el alma de Amparo hacia algunos meses. Lo primero se habia realizado, habia vuelto por fin á ver á su hija, la estrechaba frecuentemente contra su corazon cubriéndola de besos y diciéndole, ¡hija! ¡hija mia! ¡hija de mi alma! pasaba largas horas mirándola entretenerse con Guadalupe; durante la noche se levantaba, y acercándose á su camita que se habia colocado al lado de la suya, la besaba en silencio para no despertarla.....

Pero lo segundo, ¿lo podría realizar? ¡Imposible! En su conciencia, pura como la de un niño, aún al través de tantas amarguras y decepciones, se retrataba con los colores de un crimen un matrimonio entre ella, mujer deshonrada y físicamente impura, aunque inocente, y aquel jóven tan noble, tan generoso, que la perdonaba y la amaba. Por consiguiente, ella no podía vivir lícitamente á su lado, ella no podía mas que adorarle en silencio, adorarle con todo su corazon hasta morir de amor, pero sin proferir una palabra, sin aceptar tampoco su ardiente amor y sus leales ofertas. A algunas naturalezas francas y espansivas, les parecerá esto imposible; pero á otras tímidas y demasiado susceptibles, les parecerá muy verosímil. En efecto, ¿cuántas de vosotras ¡pobres jóvenes! os habeis enamorado hasta la locura, de una persona á quien las conveniencias sociales y el pudor os impedían amar á la pública faz, y entonces os habeis resignado llorando á idolatrarla en silencio, mirando que amaba á otra persona, vuestra hermana ó vuestra amiga tal vez, y era amada de ella! Hay almas que no pueden ni un momento contener sin dejarle desbordar por los lábios, el torrente de sentimiento que las inunda; pero hay otras, que temen la palabra como una profanacion del sentimiento, y aman, y sufren, y se mueren sin proferir un acento que revele su infinito. Amparo era de estas. Por otra parte, un nuevo dolor lastimaba su cora-

zon y su felicidad no debía ser larga. María, un mes despues, comenzó á languidecer. Roman, aunque conociendo desde luego que su enfermedad era mortal, puso sin embargo todo su anhelo para procurar hacer una nueva restitucion á la pobre Amparo, sobre cuya existencia parecia haberse suspendido una negra sombra. De manera, que el amor de ambos jóvenes, no consistía en palabras, consistía precisamente en aquel deseo oculto de buscar el uno la felicidad del otro. Amparo no tenia mas que su debilidad de mujer y su amor. Roman tenia ademas su ciencia y su fuerza de hombre. Por consiguiente, él solo amparaba á la jóven, y esto aumentaba la timidez de ella.

Hacia un mes que la infeliz madre estaba desolada. Veía á María irse muriendo sin que los eternos y eficaces cuidados que Roman le prodigaba, consiguiesen mejorar un momento su funesto estado. Este, por su parte, estaba convencido con ese triste convencimiento que les entra á los sábios cuando despues de haber luchado como gigantes contra las leyes invariables de la naturaleza, se sienten impotentes para seguir luchando en ese desafio terrible entre el sábio y Dios. En efecto, que puede hacer un pobre médico, cuando está mirando á la muerte irse apoderando de un órgano importante?

Sufrir y resignarse, porque Dios solo puede darle la vida.

En este día la niña habia entrado en la agonía, y Roman, al ver su cuerpo debilitado y lastimado por la enfermedad, consideraba que esta agonía no debía ser muy larga. Y hacia ya dos horas que estaba agonizando. En un rincon del aposento oraba de rodillas la señora Paula. Guadalupe procuraba en vano arrancar á Amparo del lecho. Parecia que el dolor la habia clavado allí, para ser ella la que recogiese el último suspiro de su hija.

Gabriel se paseaba meditativo y silencioso.

La respiracion de María, poco antes precipitada y anhelante, se habia hecho imperceptible. El aire ya casi nada penetraba en sus pulmones. Su fisonomía descompuesta y lívida, el círculo sombrío que rodeaba sus cerrados ojos, sus lábios azulados y entreabiertos hacían dudar si era un cadáver ya ó todavía una moribunda. Solo se conocía lo último por un estremecimiento

que de vez en cuando agitaba sus lábios y por un débil suspiro que se escapaba de su pecho.

Habia llegado á ese estado en que la muerte, venciendo á la vida, ésta se va retirando de los órganos que la primera va ocupando.

Su rostro y sus estremidades estaban frias. Roman no percibía ya los latidos de su pulso. Derrepente la niña hizo un último estremecimiento y se alargó.

Roman hizo una exclamacion y Amparo, por un instinto, dió un grito, á sus ojos asomaron las lágrimas mucho tiempo comprimidas en su corazon, y su pecho se levantó por gemidos y sollozos desgarradores, como los de una madre delante del cadáver de su hija.

Todo habia concluido en efecto.

María se habia dormido en la tierra para ir á despertar al cielo; habia dejado la pasajera mansion de las sombras para ir á habitar las regiones en que todo es luz. ....

El ángel de su guarda habia volado con su alma de niña á la patria de la eterna felicidad.

Arrancaron del lecho á Amparo medio loca. ....

Ocho dias habian corrido.

Amparo no habia salido de su aposento. Su esperanza estaba perdida, perdida para siempre.

Cerca del anochecer, Roman de pié delante de ella, la contemplaba con triste curiosidad. Los dos permanecieron largo tiempo silenciosos. Por fin el jóven interrumpió el silencio diciendo con una voz conmovida:

—¡Amparo!

Esta, que estaba sentada cerca de su lecho con la mirada clavada en el suelo, la levantó y la fijó en el rostro de Roman con indefinible expresion de angustia.

—¡Amparo! volvió á decir el jóven, he venido para decir á vd. que dentro muy pocos dias debo partir; una casa francesa me destina como médico de uno de sus buques mercantes que hace viajes á casi todos los puertos de Europa y América. Pero antes de partir yo anhele. ....

Roman se interrumpió porque la emocion ahogaba su voz en su garganta.

—Sí; yo comprendo lo que vd. anhela saber, noble jóven que desde el cielo de su virtud, se ha dignado lanzar una mirada á esta infeliz mujer sumergida en el cieno del deshonor. Yo tambien sé, que hace algunos meses he encontrado á vd. en medio de la oscuridad de mi camino, como un faro de celeste esperanza, que solo por he vd. vivido, que la llama de la inmensa passion que me habia inspirado, ha sostenido al par que ha consumido mi helada existencia.

—¡Oh! Amparo, exclamó Roman tendiendo hácia ella los brazos y cayendo de rodillas á sus piés.

Amparo le levantó y continuó diciendo:

—¡Oh! yo era casi feliz, respirando el mismo aire que vd. respira, contemplándole oculta en mi aposento, escuchando su voz, idolatrándolo en silencio hasta el delirio, hasta la locura.

—¡Amparo! ¡Amparo! ¡Ya nunca nos separaremos sobre la tierra! exclamó delirante Roman.

—Por el contrario, jóven, va vd. á partir; pero á partir solo, dijo la jóven con una voz tan triste, tan triste, como esas músicas que interrumpen á media noche nuestro sueño, sueño mentiroso de una felicidad que no existe.

—Solo ¡Dios mio! solo.

—¡Perdon! ¡Perdon! ¡Perdon!

—¡Y yo que la amaba á vd. con todo mi corazon, yo que pensaba que nos uniríamos para no separarnos mas, que juntos y viviendo el uno para el otro, cruzariamos los mares.

—¡Ay! no lastime vd. mas mi corazon con el aspecto de una felicidad con que tantas veces he soñado, si yo no estuviese manchada, si yo pudiera tener derecho para idolatrarle, para ser su esposa, para amar y morir... habria encontrado en ese amor todo un cielo en el mundo; pero mi deshonor, mi afrenta es una barrera que se levanta para siempre entre nuestros corazones. Un hombre honrado no debe unirse á la mujer perdida.

—Pero si vd. es inocente, si yo, aunque no lo fuere la perdonaría, si su amor de vd. es mi vida y sin él, la arrastraré como

un castigo, ¿por qué no darme en afecto al menos, cuanto yo tengo en idolatría.

—¡Imposible! yo no sería feliz, la voz de mi conciencia me gritaría á cada paso, tendría remordimientos de haber abusado demasiado por egoismo del sér de mi sér, mientras que así, lo veré partir, pero Dios me habrá dejado el derecho de adorarle hasta morir, de verle acaso algun dia amado y unido con otra mujer mas digna de su pasion que la infeliz que tuvo la osadía de amarle.

—¡Nunca! ¡nunca!

—Yo voy á sepultar mi existencia marchita en un convento para llorar, para pedir á Dios haciéndole el sacrificio de mi vida dé á vd. en felicidad cuanto yo le di en amor sobre la tierra.

Amparo se puso á sollozar de una manera desgarradora.

—¡Perdon! ¡Perdon! continuó cayendo á los piés de Roman y arrastrándose sobre sus rodillas con el rostro descompuesto, con los ojos inundados de lágrimas, con los brazos tendidos. ¡Perdon! por haber osado desde el abismo en que una desdicha me ha sumergido, amar á vd., el mas noble, el mas generoso de los mortales; mi existencia marchita no debe correr junta con la del sér de mi alma, yo solo puedo orar y sufrir. Y sin embargo, nadie podria llegar á amarle como yo, he idolatrado á vd. con delirio, como se ama cuando es uno desgraciado, hubiera sido feliz con pasar mi vida contemplándole, idolatrando y muriendo.

Y Amparo se abrasaba á las rodillas del conmovido jóven, llorando y lanzando desgarradores sollozos que rompian su pecho.... tomaba sus manos, las llevaba á su corazon y á sus labios cubriéndolas de besos y de lágrimas.

Era un espectáculo conmovedor el de aquella desdichada jóven diciendo su última despedida al amado de su corazon, y rehusando su pasion que era su vida, por un sentimiento esquisito de nobleza, de abnegacion sublime.....

Media hora despues, Roman, loco, delirante, sollozando como un niño, se precipitaba fuera de aquel aposento. Amparo se

quedó de pié, y cuando el ruido de sus pasos se hubo perdido completamente, tendió los brazos en la direccion que seguia el jóven, y cayendo de rodillas, golpeando su rostro contra el suelo, con las manos clavadas en su pecho, exclamó entre dolorosísimos gemidos.

—¡Adios, amor mio! ¡alma de mi vida! ¡Adios! ¡Adios! ¡Adios para siempre!